

## CAPITULO XI.

*Deberes de los Comerciantes , Fabricantes ,  
Artesanos y Labradores.*

TODA sociedad es una porcion de hombres unidos con el fin de concurrir cada uno segun sus fuerzas y estado á la conservacion y felicidad del cuerpo político de que son miembros. Todo el que trabaja útilmente en beneficio de sus conciudadanos , se hace por este mismo hecho un hombre público , á quien su patria debe proteger , honrar y favorecer con proporcion á las ventajas que el público saca de sus trabajos.

Esto supuesto, el comerciante es un miembro apreciable siempre que llena dignamente las obligaciones de su destino. El es quien desahoga y desembaraza su pais de los géneros y producciones supérfluas del cultivo y de las manufacturas de la industria, y el que le proporciona en cambio las cosas bien sean necesarias, bien agradables que no tiene, y de que necesita. De este modo el comerciante hace florecer la agricultura, que decaeria sin su auxilio: él es quien, en los tiempos de escasez, hace venir de paises estraños los comestibles de que han privado al suyo las malas estaciones. El comercio es quien da vida á todas las artes y oficios; él anima la industria, y de este modo ocupa y mantiene

mantiene un número prodigioso de hombres, que sin él serian por su indigencia una carga gravosa para las naciones. Cuantos brazos se ocupan de continuo en la navegacion, destinados á llevar las órdenes del comerciante á las estremidades de la tierra! Estas órdenes son siempre mas puntualmente ejecutadas que las del mas absoluto déspota. En los paises mas lejanos, millares de brazos se afanan y apresuran á satisfacer sus deseos; el oceano gime bajo el peso de las naves que, de los climas mas remotos, traen á sus pies las riquezas y la abundancia para sus conciudadanos. El escritorio del comerciante puede ser comparado al gabinete de un príncipe poderoso que pone á todo el universo en movimiento.

¡Este es, sin embargo, el ciudadano respetable á quien las preocupaciones góticas y bárbaras tienen el atrevimiento y la desvergüenza de infamar, en el seno mismo de las naciones que deben al comercio sus riquezas y esplendor! El pacífico comerciante es despreciable á los ojos del estúpido guerrero, sin ver que este hombre á quien menosprecia, le viste, le sustenta y mantiene su ejército. Una profesion tan útil; no es en sí misma mas honrosa que la punible y vergonzosa ociosidad en que se corrompen y consumen tantos nobles de aldea, que no tienen mas ocupacion que la caza y el triste placer de vejar y oprimir á los humildes plebeyos? ¿Hasta cuando la vanidad de los

hombres les hará despreciar á los mismos de quienes reciben todos los dias los mas importantes servicios? ¿Será posible que el aprecio y el respeto se queden reservados para los destructores de los hombres? ¿No debieran en justicia estenderse á cuantos se ocupan en su bienestar, en sus comodidades y en su felicidad?

La preocupacion que degrada y envilece al comercio, lo mismo que á las artes, trae su origen de los tiempos de barbarie y ferocidad, en que las sociedades en su infancia no conocian todavía las ventajas que podian sacarse de él. Aristóteles nos dice que en las antiguas repúblicas de Grecia, los mercaderes estaban escluidos de los empleos de la magistratura. A causa de una ignorancia igual, los antiguos Romanos, únicamente ocupados en la agricultura y en la guerra, menospreciaron á los mercaderes y artesanos; pero despues, el tiempo y las necesidades desengañaron poco á poco á los Griegos y á los Romanos de esta ridícula opinion, y las personas mas distinguidas no se avergonzaron de ejercer una profesion lucrosa en sí y ventajosa para la patria.

Cuando cien enjambres de naciones guerreras repartieron entre ellas el vasto imperio de los Romanos, la preocupacion, que siempre acompaña á la ignorancia, vino de nuevo á envilecer al comercio. La Europa estuvo sumergida por muchos siglos en espesas tinieblas y continuas

guerras. Los pueblos, avasallados de guerreros estúpidos y disolutos, no tuvieron unos con otros comunicacion alguna. El comercio, el cual no puede florecer sin libertad, fue exclusivamente atribuido á los usureros, que sin cesar estaban espuestos á la avaricia de una multitud de tiranos: de esta suerte cayó el comercio en manos despreciables; y hombres infelices, estimulados del atractivo de un logro desmedido, eran los únicos que podian emprenderle, á pesar de todos los peligros de que se veian rodeados. Este es, sin duda, el origen del injusto desprecio que los nobles orgullosos muestran todavía á una profesion que ya hoy merece la consideracion pública.

Entretanto algunas repúblicas, usando de su libertad, hicieron el comercio con buen éxito, y llegaron por medio de él á un grado de poder y de riqueza que estimuló y dió envidia á los otros pueblos. Venecia, Génova, Florencia enseñaron á toda la Europa los efectos que podia producir el comercio; los príncipes ya le favorecieron; un nuevo mundo fue descubierto, y sus riquezas irritaron la codicia de muchas naciones; la indiferencia con que hasta entonces habian mirado al comercio, se convirtió en un entusiasmo universal; y bien presto no tuvieron las guerras mas objeto que el de aumentar cada nacion el suyo con daño del comercio de otras.

He aquí como las pasiones y las locuras de

los hombres los llevan siempre á extremos contrarios. Todo fue sacrificado despues al furor del comercio; por él la agricultura se vió descuidada; los reinos se despoblaron para formar colonias en los paises mas remotos; torrentes de riquezas inundaron la Europa, sin hacerla por esto mas dichosa; estas riquezas produjeron el lujo y todos los vicios que este trae consigo; y este mismo lujo trabajó sordamente en destruccion de los estados que una codicia sin limites habia escesivamente enriquecido.

El comercio, para ser útil, debe conocer reglas y término, y no perjudicar á otros ramos de la administracion. Nada es mas contrario al bien general que la pasion de enriquecerse cuando se cambia en epidemia. A veces vemos naciones dominadas de este delirio descuidar por él los objetos mas importantes; recibir su primer impulso de algunos mercaderes insaciables; arrojarse, por complacerlos, á guerras ruinosas é interminables; contraer deudas inmensas para sostenerlas; y gemir despues por largo tiempo los males que siempre causan los mas brillantes sucesos. Tal es, ó Bretones! la causa de vuestras desgracias y de la miseria que experimentais á pesar de las riquezas que de ambos mundos arriban sin interrupcion á vuestros puertos: entre vosotros unos cuantos negociantes deciden de la suerte del estado, y os hacen emprender continuas y temerarias guerras;

y mientras que ellos se enriquecen, los enormes impuestos abruman á los demas ciudadanos, y la nacion apurada se halla en la mayor angustia. La opulencia de un cierto número de individuos no prueba en manera alguna la opulencia y la riqueza del estado. Los dorados y preciosos adornos de un palacio no le preservarán de su ruina.

El comerciante debiera amar la paz, y sacrificar por ella su propia codicia: él es un ciudadano malo y perverso si pospone la felicidad general á su propio interes. Un gobierno sabio, siempre guiado por la moral, debe refrenar la pasion de las riquezas, porque de lo contrario llega á ser ilimitada: no debe permitir que esta pasion se ejerza á costa del labrador y del propietario, cuyos trabajos debe promover y fomentar el comerciante. El interes del labrador constituye el verdadero interes del estado; al labrador ha de consultar el legislador con preferencia á la avaricia de algunos mercaderes opulentos, ó á los caprichos de algunos inaccesibles poderosos, que nunca forman la porcion mas numerosa de la sociedad. En fin, todo nos persuade que la codicia del hombre debe ser reprimida, porque si se le suelta la rienda, destruye las buenas costumbres y la virtud. Estas costumbres son mucho mas esenciales á la felicidad de una nacion que las riquezas, las cuales rara vez contribuyen á su fuerza real y

verdadera y á su bienestar permanente. Roma, pobre aun, triunfó de la opulenta Cartago.

La pasion desordenada de enriquecerse, cuando se ha hecho general en un pueblo, destruye en él por lo comun el principio del honor, y le inspira un espíritu *mercantil*, y un amor sórdido del logro, directamente opuesto á todo pensamiento noble y generoso. Poseido de este espíritu, el mercader de nada que le sea provechoso se avergüenza; para él en este caso no hay patria; y si se promete alguna ventaja, hará el comercio mas contrario á los intereses de la nacion; en fin, acostumbrado á mirar el dinero como á su único ídolo, le sacrificará su misma vida. La venalidad no es otra cosa que el tráfico vergonzoso de vender el hombre su honor, su virtud y su libertad á cualquiera que les imponga precio.

Así como todos los excesos, el comercio ilimitado es al fin castigo de sí mismo: aumentando en un pais la masa de las riquezas aumenta necesariamente el precio de todos los géneros, y por consecuencia los jornales de los obreros y oficiales. Ya entonces las mernancias y manufacturas nacionales pierden en concurrencia con las de los pueblos menos ricos que las dan mas baratas. Por otra parte, es propio de las riquezas reconcentrarse en manos de un corto número de hombres, que no sienten la carestía de los géneros y mercaderías; mas el oficial, el artesano, el trabajador, sufren y

padecen por esta carestía; y por lo comun perecen de hambre á las puertas del rico avaro, que nunca se entenece ni apiada de las necesidades y miserias del infeliz. El efecto ordinario de la riqueza es endurecer los corazones.

Así la política, siempre de acuerdo con la moral, debe refrenar la pasion de enriquecerse para que no llegue á ser un contagio funesto y perjudicial al estado. De su propio suelo es de donde los pueblos han de sacar principalmente sus riquezas; el comercio debe cambiar lo sobrante con lo que el terreno de su pais no produce. La tierra es el fundamento físico y moral de toda sociedad. El negociante es el agente y el proveedor del labrador y del propietario de la tierra; el fabricante labra y da un nuevo ser á las producciones del terreno. Todo el órden se trastorna, si los agentes se constituyen árbítrasy señores de aquellos á quienes deben servir: las costumbres se estragan cuando estos agentes los distraen de su trabajo con el lujo, con vanas fruslerías, ó fomentando en ellos necesidades imaginarias que no pueden satisfacer sino á costa de sus costumbres y de su reposo.

El comercio es útil sin la menor duda; la política debe favorecerle; la moral le aprueba; y los que se dedican á él son unos hombres útiles; mas el comercio debe tener sus límites, y no fundar su prosperidad en daño y ruina de otros ramos de la economía política. El comercio es

verdaderamente útil, cuando favorece la agricultura, hace florecer la industria, y aumenta la poblacion; pero si es contrario á estos objetos esenciales, su utilidad desaparece; y se transforma en una funesta locura, cuando es causa de guerras sangrientas y continuas; en fin, es un mortal veneno, cuando su único objeto es alimentar el lujo y la vanidad de los hombres. El comerciante que esporta los géneros sobrantes y superfluos de su pais para traer á él trigo, vino, aceite, lanas ú otros artículos que le faltan, es un ciudadano muy útil, y merece el respeto y consideracion pública. El que solo trae á sus conciudadanos objetos capaces de fomentar sus pasiones, de irritar su vanidad, de excitar sus locuras y caprichos, es un hombre perjudicial. Casi todos los vanos objetos que la India suministra á la Europa, no tienen otro mérito que el que les da el capricho inconstante de las mugeres y la vanidad de algunos hombres necios siempre malcontentos de las manufacturas de su pais. ¿Será posible que los Europeos no dejen nunca de sacrificar á estas vanidades inútiles tantos hombres y tantas sumas del oro en que idolatran (1)! Todas las fútiles riquezas que la Europa va á buscar á las estremidades del mundo ¿son

(1) Es bien seguro que el comercio de las Indias cuesta cada año cuarenta mil hombres á la Inglaterra. La sola mutacion del clima es causa de la muerte de la mayor parte de los Europeos.

acaso comparables con los tesoros que la agricultura podria sacar de su territorio, si esta estuviese auxiliada y protegida?

¿Y que diremos de este comercio afrentoso que consiste en el tráfico de sangre humana? Comprar y vender hombres para condenarlos á la mas dura esclavitud, es una barbarie que estremece y horroriza á la humanidad y á la justicia. Mas la avaricia es cruel á sangre fria; reduce el crimen á sistema, procura cubrirle con el pretesto de un grande interes nacional, y las naciones sedientas de riquezas admiten sus escusas.

Si todos los comerciantes se hiciesen reos de semejantes excesos, no solo serian despreciables, sino que ademas serian odiados de todos los corazones justos y virtuosos. Mas distingamos los indignos y malos comerciantes de los que son útiles á sí mismos y á la patria por medio de un comercio mas legítimo y justo. Estos, sin perjudicar á nadie, hacen comunes los bienes, las cosas agradables y los descubrimientos de todo el universo. En efecto, la navegacion y el comercio forman una sociedad, que se compone de todos los pueblos de nuestro globo, establecen correspondencias entre ellos, los hacen gozar recíprocamente de un sinnúmero de ventajas, y sirven principalmente para estender la esfera de los conocimientos humanos. Si algunas naciones han abusado cruelmente del comercio, y, para saciar su irritada avaricia,

han llevado la mortandad y los crímenes á los pueblos cuya amistad debieran haberse granjeado , no imputemos estos horrores al comercio , sino á la ignorancia y á la feroz supersticion , que en todos tiempos han cegado á los hombres , y los han hecho crueles sin remordimientos....

El verdadero negociante , el comerciante apreciable es un hombre justo. La probidad , la buena fe , el amor del orden y la escrupulosa exactitud en el cumplimiento de sus obligaciones y contratos son sus cualidades distintivas. Una sabia y prudente economía arregla su conducta ; conducta que no puede imputársele á crimen , pues , con ella debe y puede preservar su riqueza y la de los otros de una infinidad de accidentes que no se pueden evitar ni prever : Si es un insensato el que arriesga locamente sus bienes , tambien es un bribon el que arriesga los bienes de los otros con empresas temerarias. Ademas el negociante que está ocupado en sus negocios , está por lo comun libre y exento de los caprichos , de las pasiones y de las vanidades que atormentan á los demas hombres. Todo comerciante instruido es un hombre de honor , racional y prudente : zeloso de conservar la estimacion de sus conciudadanos , procura que su reputacion se mantenga intacta , porque necesita de la pública confianza : sencillo en su porte y grave en sus costumbres , se abstiene de todo gasto frívolo , del fausto , y de

los vicios que le ocasionarian su ruina. El negociante que se abandona á las extravagancias del lujo , pierde al fin sus negocios y los de aquellos imprudentes que han confiado en él. Las bancarotas tan frecuentes , y por lo comun impunes , que se ven en las naciones mal regidas , anuncian una depravacion criminal y deshonorosa ; y no son mas que ladronicios que ejerce la traicion y la perfidia. El comerciante justo y experimentado no arriesga loca y temerariamente sus propios bienes , y mucho menos los de sus conciudadanos.

Así que no confundamos el verdadero negociante , el comerciante apreciable y prudente , con esos hombres viciosos ó ligeros que deshonoran una profesion respetable : distingámosle igualmente de la multitud despreciable de engañadores y embusteros codiciosos que , faltos de educacion , de conciencia y de honor , creen legítimos y permitidos todos los medios de ganar , abusan de la sencillez del público , y no forman escrúpulo de apreciar las cosas en mas de lo que valen , y de engañar tanto en la calidad como en la cantidad de las mercancías. Los mercaderes de este modo de pensar son culpables ; ellos causan al comercio , una mala nota y un desprecio , que solo deben recaer sobre ellos mismos.

La sana moral forma el mismo juicio de esos monopolistas siempre dispuestos y ansiosos de aprovecharse de las calamidades de sus conciu-

dadanos , de las cuales , por lo comun , suelen ser ellos verdaderos autores. ¡ Es necesario tener unos corazones muy endurecidos para gozar tranquilamente y sin pudor de una hacienda adquirida á costa de calamidades públicas ! Envano la moral clama contra esos orgullosos exactores ó arrendatarios de las rentas públicas , que negocian con los déspotas para comprar la licencia de oprimir á la sociedad , y de cebarse con la sangre de las naciones : semejantes hombres son verdagos privilegiados , que debieran confundirse y avergonzarse del origen impuro de una opulencia fundada en la ruina de la felicidad general. Sin embargo hay paises en que este tráfico vergonzoso no es vil ni despreciable. Un administrador ó arrendatario de las rentas públicas , enriquecido con semejantes estorsiones , es tenido por un ciudadano mas útil al estado á quien oprime , que no el comerciante que le hace florecer y prosperar.

El verdadero negociante , lo mismo que el fabricante , son unos hombres benéficos , los cuales , enriqueciéndose á sí mismos , dan actividad y vida á toda la sociedad , y por lo tanto merecen su aprecio y proteccion : ellos dan que trabajar y con que vivir al pobre á quien los dependientes de la real hacienda desnudan y reducen á la mendicidad. ¡ Que innumerable multitud de artesanos de toda especie no ponen en movimiento las fábricas y el comercio ! De este modo se establece y estrecha una grande é

intima coherencia entre todos los miembros de la sociedad. El artesano que subsiste de su trabajo , contribuye sin cesar al aumento de la riqueza de los que le emplean , así como al logro y satisfaccion de las necesidades , de la comodidad , de los placeres , y aun de la vanidad de los mismos ricos ingratos que le desprecian , al tiempo mismo que se aprovechan de sus trabajos , sin los cuales no pueden en manera alguna subsistir.

Nada es mas injusto ni mas vil que el modo insultante con que la soberbia y altiva opulencia mira á los artesanos que de continuo trabajan y contribuyen á satisfacer las necesidades ó placeres á que ella por su propia debilidad nunca podria subvenir. Este mismo artesano , mirado con orgullo y desden , es sin embargo un hombre verdaderamente útil , dotado á veces de unos raros talentos , y cuando es fiel y puntual en su trabajo , es incomparablemente mas apreciable que los holgazanes y viciosos que le desprecian. El soberano fastuoso , que quiere erigir monumentos á su vanidad ¿ no necesita del albañil , del carpintero , del cerrajero , y de una multitud de trabajadores , sin los cuales no lograría sus deseos ? Estos diferentes artesanos ¿ no son ciertamente dignos de aprecio , de cariño y de benevolencia , cuando acreditan su celo y puntualidad en sus oficios ? El monarca y el noble ¿ no se ven precisados á recurrir al fabricante y al mercader para adornar sus pa-

lacios? Estos ponen en movimiento y actividad una multitud de hombres que, en el seno mismo de la indigencia, contribuyen á lamagnificencia de los monarcas.

Cuando la pobreza es activa y laboriosa, nunca debe ser despreciada ni envilecida. La pobreza industriosa y aplicada es regularmente honesta y virtuosa; y solo es digna del desprecio cuando se entrega á la ociosidad y á los vicios, cuyo ejemplo recibe frecuentemente de la opulencia. Las injusticias y la soberbia de las clases elevadas son las que con frecuencia reducen al artesano á la desesperacion y al crimen. ¿De cuantos delitos, robos y asesinatos no se hacen cómplices muchos grandes, que tienen la crueldad de retener el precio y los jornales del fabricante laborioso, del mercader que los abastece, y del artesano que ha trabajado fiel y puntualmente para ellos, y que en recompensa se ven condenados por su injusticia á perecer de hambre? ¿Y es posible que estos hombres desprecien así á unos honestos y virtuosos ciudadanos que tan bien les han servido? El oprobio y la ignominia; no debieran recaer mejor y con mas justicia sobre los crueles ingratos que causan la ruina y desesperacion de un gran número de hombres, haciéndoles inútiles ó dañosos á la sociedad? Un salteador de caminos roba y mata de un golpe al infeliz que tiene la desgracia de caer en sus manos, mas el ladron que no paga el salario del pobre, causa una muerte lenta y cruel á él y á su familia entera.

Los injustos desprecios de los grandes se estienden, como hemos dicho en otra parte, hasta la primera de las artes, hasta la que es la base de la vida social: arrastrado de su locura el rico desprecia y desdeña al labrador, al cultivador, al que alimenta y mantiene á las naciones, á aquel sin cuyos trabajos no habria ni cosechas, ni ganados, ni manufacturas, ni comercio, ni artes algunas, aun las mas indispensables para la sociedad. Y será posible que vosotros; ó ricos estúpidos, y vosotros grandes insensibles! nunca vengais en conocimiento de que á la agricultura es á quien debeis vuestras rentas, vuestras riquezas, vuestras comodidades, vuestros palacios y castillos, y ese lujo mismo cuya embriaguez os deslumbra y preocupa? Sí, ese mismo aldeano cuyos toscos vestidos y modales os causan asco, ese mismo es el que cubre vuestras mesas de manjares sustanciosos y vinos delicados: de sus ovejas es la lana de vuestros vestidos: sus manos cultivan el lino de que necesitais: sin él no tendríais esos ricos encages tan preciosos y estimados de vuestra vanidad: ¡y sin embargo, teneis el atrevimiento y la injusticia de envilecerle y vituperarle!

La vida campestre y el trabajo preservan regularmente de los vicios y del contagio que infestan las ciudades: las injusticias, los duros modales y los desórdenes del rico son los que corrompen su corazón, y alteran la inocencia



de sus costumbres. Los grandes se quejan frecuentemente de la malicia de los aldeanos; pero los grandes y los ricos deben buscar en sí mismos la causa. Perpetuamente desdeñado, oprimido y abrumado de todo género de vejaciones, forzosamente el aldeano ha de aborrecer á su señor, que es con él un tirano incómodo y cruel. El infeliz, á quien un continuo y penoso trabajo apenas da para mal sustentarse ¿ podrá ver sin dolor y sin envidia nadar á la opulencia en la abundancia y la superfluidad, y raras veces compadecerse de la miseria del pobre? En fin, la educacion tan descuidada de las gentes del campo ¿ como ha de darles fortaleza para resistir á los impulsos, á las tentaciones, y aun á las necesidades que tan frecuentemente los solicitan al mal? Los aldeanos no son ladrones, cazadores furtivos y bribones, sino porque la opulencia los desprecia, los maltrata, y rara vez les alarga una mano benéfica.

De este modo la falta de reconocimiento, de bondad y justicia en los ricos y poderosos de la tierra, destruye y aniquila la virtud de los aldeanos y jornaleros. Estos regularmente solo conocen á sus dueños por las vejaciones que sufren en su nombre. Si los soberbios señores se dejan ver de sus vasallos, es únicamente para deprimirlos, para arruinarlos, para fatigarlos con su lujo y su vanidad, y para hacerles sufrir los ultrages de sus insolentes criados. ¿ Será de admirar que con una conducta tan irritante, no

hallen los ricos en las gentes del campo sino envidiosos, rebeldes, y enemigos siempre prontos á tomar venganza de los males que se les hacen?

Todo en la sociedad está unido y enlazado entre sí: si los grandes se corrigiesen, se corregirian los pequeños. Abolidas esas leyes góticas, esos privilegios injustos, esas onerosas costumbres, los unos y los otros obrarán con virtud. Una buena educacion, sobre todo, debe enseñar á los ricos, á los nobles y á los poderosos, que deben hacerse amables de sus inferiores, que deben mostrarse reconocidos á los bienes que reciben de estos, y que no pueden cumplir con sus obligaciones, sino es mostrándose equitativos, humanos y benéficos.

Cuando los grandes del mundo estén imbuidos de esas máximas, dejarán entonces de menospreciar á unos ciudadanos cuya existencia es necesaria á su propia felicidad, y sin los cuales de nada gozarian. Ellos conocerán entonces lo que deben á los otros hombres. Conocerán que toda profesion de que la sociedad saca utilidades y ventajas, debe ser mas estimada que la que no produce bienes algunos apreciables. Todo les probará que todos aquellos que de distintos modos trabajan por su comodidad y sus placeres, tienen derecho á su benevolencia y afabilidad. Todo los convencerá de que nada es mas contrario al fin de la sociedad que su orgullo y su vanidad. Por último, todo les hará

ver que el vicio es solo el que deshonra y hace á los hombres despreciables, y que todo el que cumple fielmente con los deberes de su estado, es digno del respeto y consideracion de sus conciudadanos.

Cuando se conformen en sus obras á unos principios tan claramente demostrados, los nobles y opulentos encontrarán en sus inferiores prendas mas estimables, costumbres mas honestas, aficion mas sincera, y menos envidia y malignidad; en fin, lograrán de ellos el amor filial y la sumision voluntaria que no es obra del miedo. No hay hombres tan salvages que sean insensibles á la bondad. Por una propension natural los hombres se inclinan á querer á los que están acostumbrados á respetar. Los grandes tienen siempre la culpa en no ser amados de sus inferiores. Es acercándose de sus vasallos que un grande se haria su padre, seria respetado y obedecido, y conseguiria su tierno amor; amor que nunca pueden conseguir ni la altanería ni la fuerza.

Mas, por desgracia, hace mucho tiempo que las extravagancias y el lujo han arrastrado á las cortes y capitales, á los que su estado y opulencia destinaban á ser los protectores de las gentes del campo, y el apoyo de la agricultura: los vasallos llegan á ser estraños y desconocidos de sus señores; estos, deseando lucir su fausto en la corte y en las capitales, dejan vergonzosamente que perezcan los campos que su presencia

haria fértiles y abundantes. La vida campestre y su pacífica uniformidad se hacen odiosas á unos hombres que viven en el elemento del vicio. El labrador carece de amigos poderosos y de consoladores en sus trabajos. El colono tiene que tratar con agentes ó administradores que, para satisfacer las necesidades y caprichos del propietario, usan de tiranía y crueldad. El labrador descuida la cultura, ó la tierra se muestra escasa é infecunda al sudor que la riega: las aldeas despobladas y desiertas se transforman en tristes soledades; y por último, el señor mismo se encuentra adeudado, empobrecido y despreciado de los mismos que mas han contribuido en disipar sus bienes.

Tal es la suerte que por lo comun preparan el lujo y la vanidad á sus sectarios. En los campos es donde el noble seria verdaderamente respetable y poderoso: viviendo en sus posesiones conservaria su fortuna y sus buenas costumbres: se preservaria del aire contagioso que se respira en las cortes; y promoviendo el trabajo, hallaria los únicos medios seguros de aumentar su comodidad y la de los otros; placer mas sólido y mas inocente que el del vicio, al que siguen siempre la ruina y el arrepentimiento (1). De este modo tantos ricos, que

(1) La ley de Zoroastro enumera entre las mayores virtudes sembrar con pureza las simientas y plantar árboles. En efecto, practicar la virtud es ser útil al público. Segun estos principios desmontar y limpiar los terrenos, secar pantanos y lagunas,

solo saben destruir y disipar sin provecho suyo ni de la sociedad, serian unos ciudadanos útiles, amados de sus vasallos, y dignos del mayor respeto.

Cuanto hemos dicho en esta seccion confirma claramente que la política no puede nunca sin peligro separar sus máximas y preceptos de los de la moral. Los diferentes estados de las personas no son mas que los medios diferentes de servir á la patria; la profesion mas noble es la que mas útilmente la sirve. Luego que la administracion pública se aparta de estos principios, todo cae en desórden y confusion. Un pueblo sin probidad se constituye el azote de los otros, y el destructor de sí mismo. Un soberano sin justicia es la ruina de su imperio, y nunca ejerce sino un poder precario. Los grandes, los nobles, los magistrados, los ministros de la religion, los ricos *etc.*, no pueden ser justamente respetados, sino encuan to se manifiestan vivamente interesados en la felicidad pública. Las ciencias y las letrás no merecen nuestro aprecio, sino cuando ilustran la sociedad acerca de lo que la interesa. El comercio no puede florecer sin la buena fe. En fin, la agricultura, necesaria á la sociedad, exige la proteccion y el auxilio de los ricos y

---

hacer caminos, establecer fábricas, *etc.* y, en una palabra, dar trabajo y manutencion á los hombres, son acciones mas virtuosas, que muchas prácticas que el vulgo tiene por virtudes: dar al pobre trabajo es la mejor de las limosnas.

de los poderosos; y á la sombra de esta proteccion es el apoyo de las buenas costumbres.

¿Que es, pues, lo que impide á los ciudadanos de las diferentes clases del estado que concurren fielmente al fin y objeto de la vida social? No otra cosa que la ignorancia, que impide que el hombre vea con claridad la estrecha union de su interes personal con el interes de todos los demas hombres. Una necia vanidad es, quien preocupando á los grandes con fútiles quimeras, les hace creer que, para ser felices, no necesitan de nadie: error fatal á que deben atribuirse esas disensiones, esos odios, esos desprecios recíprocos, y esa separacion de intereses que vemos dolorosamente reinar en casi todas las sociedades. La vanidad, pues, de los hombres es la que la moral debe combatir para obligarlos á la union y concordia, tan necesarias al poder, á la conservacion y á la felicidad de las naciones. Ningun hombre, ningun cuerpo, ningun órden del estado tiene derecho de apreciarse por sí mismo, ni puede ser apreciado, sino en razon de las ventajas reales y verdaderas que proporcione á la patria.

FIN DE LA SECCION CUARTA.

---

---

# ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOOS DE ESTE TOMO SEGUNDO.

---

## SEGUNDA PARTE.

PRÁCTICA DE LA MORAL.

---

### SECCION CUARTA.

MORAL DE LOS PUEBLOS, DE LOS SOBERANOS ;  
DE LOS GRANDES, DE LOS RICOS, etc., ó  
DEBERES DE LA VIDA PUBLICA, Y DE LOS  
DIFERENTES ESTADOS.

---

<b>C</b> AP. I. <i>Del Derecho de Gentes, ó de la Moral de las Naciones, y de sus deberes recíprocos.</i> . . . . .	Pág.	1.
CAP. II. <i>Deberes de los Soberanos.</i> . . . . .		24.
CAP. III. <i>Deberes de los Súbditos.</i> . . . . .		58.
CAP. IV. <i>Deberes de los Grandes.</i> . . . . .		76.
CAP. V. <i>Deberes de los Nobles y de los Militares.</i> . . . . .		98.
CONTINUACION DEL CAP. V. <i>De los De- beres de los Nobles y de los Mili- tares.</i> . . . . .		133.

CAP. VI. <i>Deberes de los Magistrados y de los Juristas</i> .....	Pág. 151.
CAP. VII. <i>Deberes de los Ministros de la Religion</i> .....	171.
CAP. VIII. <i>Deberes de los Ricos</i> .....	185.
CAP. IX. <i>Deberes de los Pobres</i> .....	209.
CAP. X. <i>Deberes de los Sabios, de los Literatos y de los Artistas</i> .....	227.
CAP. XI. <i>Deberes de los Comerciantes, de los Fabricantes, de los Artesanos y de los Labradores</i> .....	284.

FIN DEL ÍNDICE.

37202

170

H723m

d'

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

NO. ADQ.

37202

NO. CLAS.

170

H723m

AUTOR

Holbach, Paul Heinrich Dietrich  
Baron D', 1723-1789

TITULO La moral universal o.....

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

A.- 37202

"ALFONSO REYES"

170

H723m

Holbach, Paul Heinrich Dietrich, Baron d'  
1723-1789

La moral universal o Los deberes.....

